

JERUSALEN.

Infinitas y buenas vistas se han publicado de la ciudad de David y de Salomon, pero no hemos visto ninguna tan completa ni tan ventajosa como la que hoy tenemos el gusto de presentar á nuestros lectores (1). Innumerables y magníficas son también las descripciones que de aquel pueblo inmortal se han impreso. Después de Chateaubriand, cuyo *Itinerario* es hoy clásico, Lamartine es el escritor más ilustre que ha visitado á Jerusalem. No hay una rela-

ción más reciente, más completa, más animada que la suya; además, tiene el mérito de estar trazada á grandes rasgos, en el momento mismo en que por primera vez se desarrolló á sus ojos el panorama de la ciudad santa: esta es la razón que nos ha movido á publicar algunos trozos de ella, no creyendo pecar de presuntuosos, al sentar que nos lisonjeamos de que juntas, y en un todo acordes, la vista y la descripción presentes, contribuyen á dar una idea completa del aspecto general de Jerusalem. Hé aquí, pues, las impresiones de Lamartine:

«Detrás de las altas murallas y de las bajas cúpulas de Jerusalem, se elevaba en segunda línea una ancha y alta

1.º DE ABRIL DE 1843.

(1) Séanos permitido llamarles la atención sobre la ejecución de esta lámina, debida como todas las que se graban para el SEMANARIO á artistas españoles.

colina mas sombría, que la servía de base y ocultaba la ciudad, la cual terminaba nuestro horizonte.

El sol no daba sobre su flanco occidental, pero rasaba su cima con rayos verticales: semejante á una tremenda cúpula, parecía hacerla trasparente y nadar en la luz, y no se distinguía la línea divisoria de la tierra y del cielo sino por algunos árboles copudos y negros plantados sobre el pico mas encumbrado de ella, por entre los cuales pasaban los rayos del sol. Este era el monte de los Olivos.»

«Monté á caballo, y volviendo á cada instante la cabeza para ver si podia distinguir algo mas del valle ó de la ciudad, subí en un cuarto de hora el monte de los Olivos, y á cada paso que daba el caballo descubría un nuevo barrio ó un edificio mas de Jerusalem. Llegado á la cumbre, que está coronada por las ruinas de una mezquita que cubre el lugar desde donde el Señor se subió al cielo despues de su resurreccion, volví un poco á la derecha para acercarme á dos columnas derrocadas á los pies de algunos olivos, sobre un terraplen que mira á un tiempo á Jerusalem, á Sion, los valles de san Sabas que guían al mar Muerto, y aun este mismo mar se veía resplandecer desde allí por entre las cimas de los montes y el inmenso horizonte sembrado de cumbres diversas que terminan los montes de Arabia: allí me senté y se me presentó la escena que voy á describir.

«El monte de los Olivos, sobre cuya cumbre me habia situado, baja en rápida pendiente hasta lo profundo del abismo que lo separa de Jerusalem y que se llama valle de Josafá. Desde el fondo de este estrecho y sombrío valle, cuyas laderas están tachonadas de piedras negras y blancas, piedras fúnebres de la muerte, con las que están como pavimentadas, se eleva una inmensa colina cuya rápida inclinacion se parece á la de una alta muralla derribada: á ningún árbol es dado extender allí sus raíces; el musgo mismo no puede enganchar sus delgados filamentos, y la pendiente está tan sumamente inclinada, que las piedras ruedan sin cesar, y que no presenta al espectador mas que una superficie de polvo árido y seco, como los montones de ceniza arrojados desde lo alto de la ciudad. Hacia el mediodía de esta colina, toman nacimiento unas altas y fuertes murallas formadas de grandes piedras, sin cortar en su superficie exterior, cuyas murallas ocultan su fundacion romana y hebrea, bajo la misma ceniza que cubre sus pies y que se eleva á cincuenta, á ciento, y mas lejos dos ó doscientos á trescientos pies sobre la base de esta tierra. Las murallas tienen tres puertas, de las cuales dos están tapiadas y la que queda abierta á nuestra vista está tan vacía y desierta como si diese entrada á una ciudad sin poblacion. Estas murallas se elevan aun por encima de las puertas, sosteniendo un vasto terraplen que se estiende á dos tercios de la longitud de Jerusalem por el lado que mira al oriente. El terraplen puede tener á la vista mil pies de longitud, y unos quinientos á seiscientos de latitud, y está casi perfectamente nivelado, á escepcion de su centro, en donde se abonda insensiblemente como para indicar el valle poco profundo que separaba en otro tiempo la colina de Sion de la ciudad de Jerusalem. Esta magnífica plataforma, preparada sin duda por la naturaleza, pero evidentemente acabada por la mano del hombre, era el sublime pedestal que servía de base al templo de Salomon. En el dia sostiene dos mezquitas turcas, la una llamada El-Sakara, en el centro de la plataforma y en el lugar mismo donde debia estar el templo, y la otra á la estremidad sudoeste del terraplen tocando los muros de la ciudad. La mezquita de Omar ó El-Sakara es un edificio de admirable arquitectura árabe que parece de una pieza de mármol, es octógono, y cada frente ó lizmo está adornado de siete arcadas que terminan en ojiva; encima de este primer cuerpo de arquitectura hay un techo en forma de terrado, del que parte otro orden de arcadas mas estrechas, las cuales rematan con una cúpula graciosa cubierta de cobre dorado en otro tiempo.

«Las paredes de la mezquita están vestidas de esmalte azul, y á derecha é izquierda se estienden anexas paredes, terminadas por ligeras columnatas moriscas que corresponden á las ocho puertas de la mezquita. Mas allá de estos arcos desprendidos de todo otro edificio, continúan las plataformas y terminan, la una en la parte norte de la ciudad, y la otra en la muralla á la parte de mediodía. Altos cipreses, algunos olivos y verdes y graciosos arbustos, crecen indistintamente entre las mezquitas, y dan realce á la elegante arquitectura y al color resplandeciente de las paredes; ya

por su figura piramidal, ya por el oscuro verde que se destaca de la fachada de los templos y de las cúpulas de la ciudad. Mas allá de las mezquitas y del emplazamiento del templo, se estiende Jerusalem toda entera, y salta por decirlo así delante de nosotros sin que pueda perderse ni un techo, ni una piedra, lo mismo que el plano de una ciudad en relieve puesto sobre una mesa por el artista. Esta ciudad no es lo que nos pintan, un hacinamiento inferior y confuso de ruinas y cenizas, con algunas cabinas de árabes ó algunas tiendas de beduinos sembradas sobre él; tampoco es, como Atenas, un caos de polvo y de murallas desplomadas, entre las que busca el viajero inutilmente la sombra de los edificios, las líneas de las calles, el aspecto de una ciudad y no de una ciudad cualquiera sino brillante de color y de luz. Jerusalem presenta noblemente á la vista sus muros intactos y sus almenas, su mezquita azul con sus blancas columnatas, sus millares de cúpulas resplandecientes, sobre las que el sol de otoño se refleja en vapor brillante; las fachadas de sus casas teñidas por el tiempo y los estios de un color amarillo y dorado como los edificios de Pesteum y de Roma; las antiguas torres que defienden sus muros á las que no les falta ni una piedra, ni una tronera, ni una almena, y en medio, en fin, de una nube de casas y de pequeñas cúpulas que las cubren, una cúpula negra y rebajada del medio punto, mas ancha que las otras y dominada por otra blanca, que son el Santo Sepulcro y el Calvario, los cuales están confundidos y como anegados en el dedalo ó laberinto de cúpulas, edificios y calles de que están rodeados. A la verdad es difícil de comprender el emplazamiento del Calvario y del sepulcro, que segun la idea que nos da el Evangelio, deberían encontrarse sobre una colina separada de los muros y no en el centro de Jerusalem. Mas la ciudad que se ha estrechado por el lado de Sion, se habrá ensanchado sin duda por la parte del norte, para abrazar en su recinto los dos puntos que constituyen su vergüenza y su gloria, el sitio del suplicio del Justo y el de la resurreccion del hombre de Dios.

«Tal aparece la ciudad desde lo alto del monte de los Olivos; detrás de ella no se descubre horizonte ni por la parte de occidente ni norte. La línea de sus murallas y de sus torres, los agujos de sus numerosos minaretes y los cimbríos de sus cúpulas, se destacan con desnudez y crudeza del azul del cielo de oriente, y la ciudad sentada sobre un extenso y elevado terraplen, parece brillar aun con el antiguo esplendor de sus profecías y no esperar mas que una palabra para salir resplandeciente de sus diez y siete ruinas sucesivas, y llegar á ser la Jerusalem nueva que sale del seno del desierto resplandeciente de luz.

«Esta es la perspectiva mas asombrosa que se puede presentar á la vista de una ciudad que ya no existe, porque parece existir todavia radiante de juventud y vida, y si se mira con mayor atencion, se conoce que no es en efecto sino una hermosa sombra de la ciudad de David y Salomon. Ningun ruido se oye de sus plazas y calles, no hay caminos que conduzcan á ninguna de sus puertas, por oriente ni occidente, por el mediodía ni por el septentrion. Solo se hallan algunas sendas torluosas que serpentean al acaso por entre peñas, y en las que se encuentran únicamente algunos árabes medio desnudos montados sobre sus jumentos, algunos camellos de Damasco y algunas mujeres de Belén ó de Jericó que llevan sobre sus cabezas una cesta de uvas de Engaddi, ó una canasta de palomas que van á vender por la mañana bajo los terebintinos, fuera de la ciudad.

«El aspecto general de las cercanías de Jerusalem puede pintarse en pocas palabras; montañas sin sombra, valles sin agua, tierra sin verdor, rocas sin terror y sin grandiosidad, algunos trozos de piedra gris cortando la tierra esteril. Una gazela ó un chacal pasando velozmente de tiempo en tiempo por entre las quebraduras de las rocas; algunas cepas asidas á la tierra gris y roja del suelo; de trecho en trecho una plantacion de olivos proyectando una sombra debil sobre los flancos escarpados de una colina; en el horizonte un terebinto ó un algarrobo negro destacándose triste y solo sobre el azul del cielo; los muros y las torres grises de las fortificaciones de la ciudad se presentan á lo lejos sobre la cresta de Sion; ni el canto de los pájaros, ni el murmullo de los insectos se percibe allí: un silencio completo, eterno, reina en la ciudad, en los caminos, en la campiña.

«Jerusalem, donde se vá á visitar un sepulcro, no es otra misma otra cosa que la tumba de un pueblo; pero tumba

sio cipreses, sin inscripciones, sin monumentos; cuya losa se ha hecho pedazos, y cuyas cenizas parecen cubrir la tierra que la rodea, de duelo, de silencio y de esterilidad.»

APOSTOLES, EVANGELISTAS Y MARTIRES.

Incendio de Roma.—Levantamiento de los judíos.

Después de la ascension de Jesucristo los apóstoles procedieron á la eleccion de un apóstol que reemplazase á Judas (1); y poco tiempo después, en tanto que se hallaban reunidos, el Espíritu Santo descendió sobre ellos.

Y aquellos hombres, antes débiles, tímidos, sencillos, ignorantes, se hallaron de súbito dotados de una fuerza, de una inteligencia y de una sabiduría sobrenaturales.

El pueblo, que había acudido de todas partes á Jerusalen para la fiesta, se oprimía en torno de ellos.

Velaban allí judíos de todas las naciones; porque después de la cautividad de Babilonia, habíanse extendido por todo el Oriente, entre los Partos, entre los Medas, en Persia, en todas las provincias del Asia Menor, en el Egipto, la Libia, en la isla de Creta y hasta en la misma Roma.

Y como según las profecías, y particularmente según la de Daniel, el tiempo de la venida del Mesías era llegado, acreciase más el concurso de la multitud á la fiesta, porque se creía que el Mesías iba á llegar.

Y aquellos judíos venidos desde tan lejos, y establecidos tanto tiempo hacia en países diversos, quedaron muy admirados de oír á los apóstoles, todos Galileos, hablar las lenguas diversas que les eran naturales á cada uno de ellos.

Predicó S. Pedro (2) á Jesucristo crucificado, declaró que este era el Cristo, el Mesías; exhortóles á que se bauticase, y tres mil de entre ellos se convirtieron, recibiendo el bautismo y aumentó el número de los discípulos.

Habiendo subido después al templo con S. Juan á la hora de la oración, y habiendo hallado á la puerta un cojo que le pedía limosna, san Pedro le dijo: No tengo ni oro ni plata; pero lo que tengo te lo doy; en el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda. Y el cojo fué curado instantáneamente y cinco mil personas se convirtieron.

No obstante los sacerdotes y los saduceos, para intimidar á la multitud, hacen prender á los dos apóstoles, quienes son conducidos á presencia del sanedrín, y confiesan con firmeza el nombre de Jesucristo, en presencia de los senadores, de los pontífices y de los doctores de la ley.

Habiéndose limitado la asamblea á prohibirles que enseñaran en nombre de Jesus, contestaron san Pedro y san Juan: «Juzgad vosotros mismos si es justo que os obedezcamos mejor que á Dios» y fueron dejados en libertad.

Acreciase diariamente la multitud de los fieles; la palabra de los apóstoles, apoyada con milagros patentísimos, hacía numerosos prosélitos en las clases del pueblo, y no teniendo todos sino un corazón y un alma, eran comunes sus bienes; los que tenían tierras ó casas las vendían y entregaban su precio á los apóstoles, con el fin de seguir la palabra de Jesucristo de abandonar todo para seguirle, y el de unirse por la caridad; su vida era casta y pura; sus días se pasaban en oraciones y en buenas obras; y aquellos admirables ejemplos de las más santas virtudes, atraían todas las miradas, y penetraban en el fondo de los corazones. Llevábase á los enfermos en sus lechos á lo largo de las calles por donde se imaginaba que podría pasar san Pedro con el fin de conseguir su curacion.

Y no corrían en Jerusalen y en las ciudades vecinas otras nuevas que las de todas estas maravillas operadas en el nombre de Cristo.

El soberano pontífice, cada vez más irritado, se entien- de con dos de sus partidarios y hacen que otra vez sean

puestos los apóstoles en prision, y como la nobleza y la firmeza de sus respuestas no hacen otra cosa que acrecentar más y más la cólera de sus enemigos, proponen estos hacerlos morir. Pero un doctor venerable, llamado Gamaliel, aconseja que los dejen obrar, diciendo: «Si esta empresa viene de los hombres, ella misma se disipará; más si viniere de Dios, vosotros no podríais resistirla.»

Adoptose esta opinión: más sin embargo, antes de dejar ir á los apóstoles, hicieronlos azotar; y estos marcharon después gozosos por haber sido hallados dignos de recibir aquella afrenta por Jesucristo, y continuaron enseñando.

No obstante san Esteban el primero de los diáconos (1) citado á presencia del congreso, en donde testigos falsos le acusaban de blasfemias, es condenado á ser apedreado. Al llegar al parage del suplicio: «señor, dijo, no les imputeis este pecado (2).

A la propia sazón, estableciase como primer obispo de Jerusalen, Santiago, llamado el Justo (3), y habiéndose suscitado una persecucion contra la iglesia, se dispersaron los fieles por la Judea y la Samaria; pero los apóstoles se quedaron.

Santiago (llamado el Mayor), hijo del Zebedeo y hermano de San Juan, habiendo sido llamado ante el Tribunal de Herodes Agripa, es condenado á muerte, y con él su acusador por haberse convertido en aquel mismo momento al cristianismo.

En el año 42, segundo del reinado del emperador Claudio, san Pedro, acompañado de San Marcos y de muchos discípulos, se fué á Roma y allí fijó su sede (4), aquella sede que debía sobrevivir al imperio, resistir á tantas tempestades y extender la luz en el mundo á la par que la religion de Cristo. Desde allí fué desde donde habiendo compuesto, poco tiempo después los apóstoles, el símbolo ó compendio de la fé, se dispersaron para ir á predicar el Evangelio en los países lejanos.

San Juan, hijo del Zebedeo, pasó al Asia menor y permaneció muy particularmente en Epheso (5), teniendo en su compañía á la santa Virgen Maria, madre de Jesucristo.

Fundó en Asia muchas iglesias, á saber: la de Smirna, de Pérgamo, de Thyatiro, de Sardis, de Filadelfia y de Saodicea.

San Andrés fué enviado á los Scitas, desde donde pasó á Grecia y al Epiro.

(Concluirá.)

VIDA DE JESUCRISTO. (6)

Las láminas que se hallan á continuación, pertenecen á la *Vida de Jesucristo* que se está publicando, traducida por Don Antonio Roselló y Sureda, y enriquecida con descripciones tomadas de las páginas de Chateaubriand, Lamartine, Michaud y otros célebres viajeros que han visitado la Tierra Santa. De esta obra, que recomendamos á nuestros lectores, se ha repartido el tomo primero y mitad del segundo, y parece que los editores se proponen dar mayor impulso á la publicacion, cuyo curso ha sido en verdad demasiado lento hasta ahora, pues que en tres años no ha aparecido más que la mitad del texto. La impresion y el papel son de todo lujo.

(1) Los apóstoles, con el fin de no abandonar un punto el ministerio de la palabra de Dios para servir á las masas, obligaron á sus discípulos á que eligiesen siete de entre ellos para este objeto, y los elegidos recibieron el nombre de diáconos. Tenian á su cuidado el alimento de los pobres y la distribución de lo que era necesario á cada uno para su subsistencia en aquella Iglesia, en donde todos los bienes estaban en comun. Además de esto servian en la mesa sagrada, es decir, en la administración de la Eucaristia; y aun á veces predicaban el Evangelio (*Flouri Hist. eccl. lib. 1.*)

(2) En 415 se descubrieron sus reliquias en un terreno que había pertenecido al doctor Gamaliel.

(3) Gobernó aquella iglesia durante 29 años, adorado por el pueblo á causa de su virtud. Anenus, gran pontífice, lo hizo capitán desde la agona del templo al año 62.

(4) Había tenido antes fijada durante 7 años en Antioquia, en donde dejó á Herodes su discípulo, que gobernó 20 años la Iglesia.

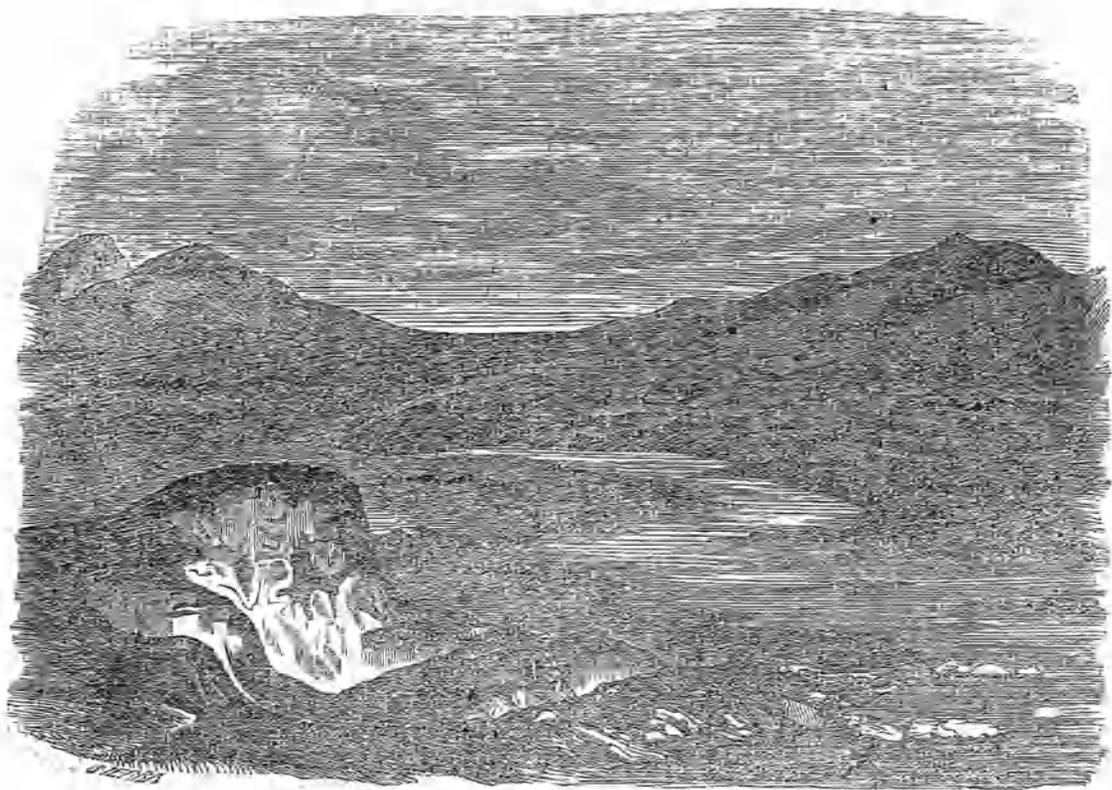
(5) Su iglesia la había fundado san Pablo.

(6) Se suscribe en las principales librerías del reino.

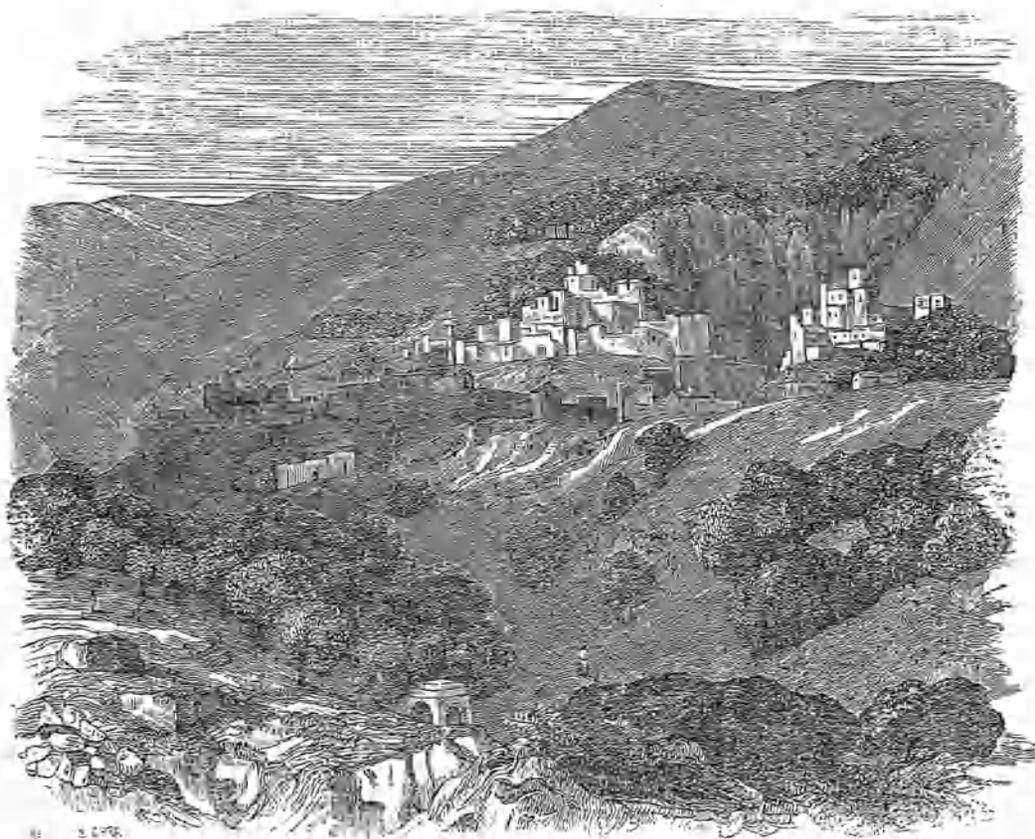
(1) La suerte recayó en Matías.

(2) San Pedro, en un principio llamado Simon, nacido de padres pescadores en Bethsaida, cerca del lago de Genesareth, en Galilea, era hermano de san Andrés, primer discípulo de Jesucristo. Ejercía la propia industria que sus padres: hallábase casado y en la edad de cerca de cuarenta años cuando llegó á ser uno de los discípulos. Jesucristo le dijo que se llamaria Cephas ó Pedro y que sería el fundamento de la Iglesia.





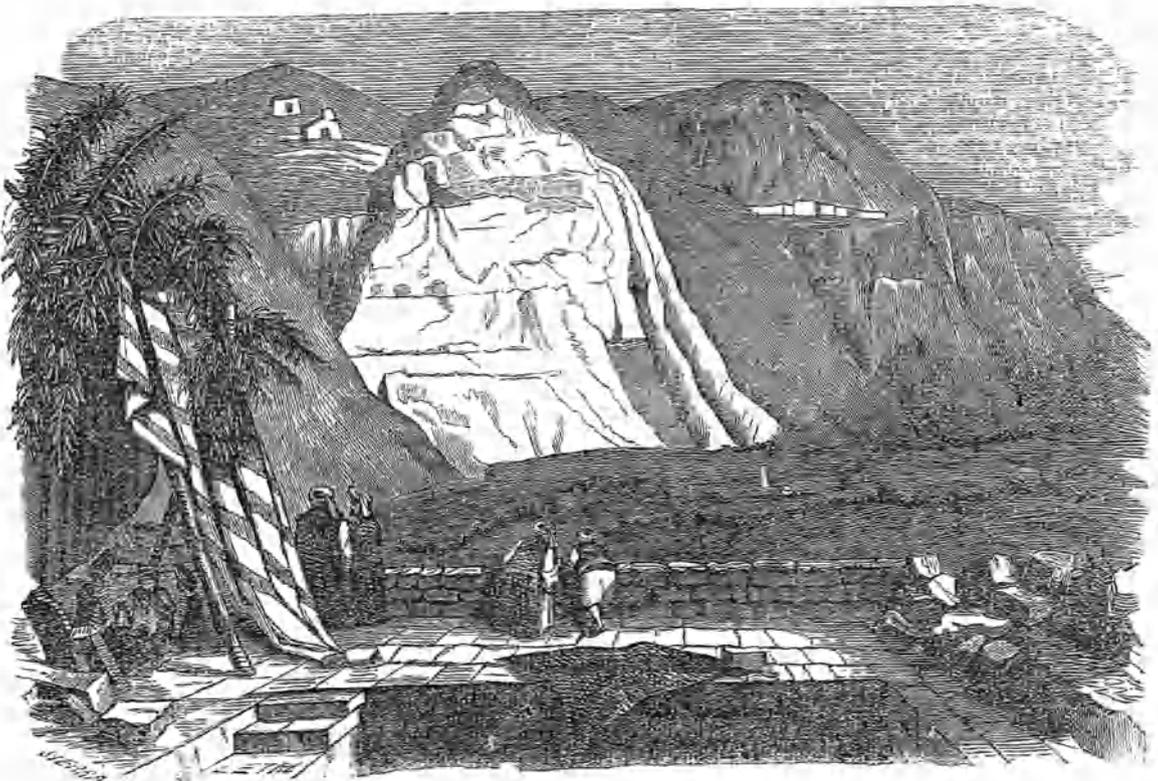
El Jordan.



Vista de Nazareth.



El mar Muerto.



Jerico.

NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO.

LEYENDA.

III.

Tan absurdo en sus meditaciones atravesó Hernando el terreno que mediaba desde la orilla del río hasta la vecina puerta de la ciudad, que ni al retirarse hacia esta, ni al volver después de ella, advirtió el horrible espectáculo clavado en medio de la esplanada y frente á frente de la capilla.

Era el caso, que dos días antes de los hechos que vamos refiriendo, habían sido ahorcados simultáneamente cuatro bandoleros de la terrible gavilla del murciano Alonso Fajardo, y según la nada piadosa ni muy saludable costumbre de aquellos tiempos, aun pendían de la horca los ajusticiados hasta que los comiesen los buitres, si antes la caridad de los fieles no les daba sepultura. Pero los fieles andaban entonces muy ocupados en las fiestas reales, y los tristes cadáveres permanecían allí colgando de sus cuerdas y con los rostros vueltos hacia la capilla, como si aun después de muertos implorasen de la madre de Dios el perdón de sus delitos.

Cuando volvió Hernando á este sitio, eran dadas las once de la noche, y ya ni dentro ni fuera de la ciudad se percibía otro rumor mas que el creciente murmullo de las olas, que empezando en aquella hora misma á enturbiarse y á engrosar con el deshielo de las nieves, amenazaban rebosar por los bordes de su ordinario lecho. Los pescadores de aquella márgen habían puesto en salvo desde la tarde sus harquillas, y las habían retirado á sus chozas inmediatas, con el fin de lanzarse en ellas al agua, si, como era de esperar, la ya empezada inundación hacia sus auxilios necesarios á los moradores de la opuesta orilla. Temían, sin embargo, que sus auxilios llegasen demasiado tarde, porque el peligro se venía ya á mas andar, y la noche se había cerrado con tal oscuridad, que sería imposible hasta el amanecer atreverse á botar en medio de las olas desbordadas sus frágiles esquifes. Así es que, aunque velaban, estaban todos retirados y en silencio alrededor de la hoguera de sus cañanas.

Por eso, al llegar Hernando á la orilla, la encontró desierta; y ya se había resuelto á buscar en su choza algun pescador, que por interés ó por fuerza le trasladase á la opuesta márgen, cuando en el instante de mover el pié para realizar su intento, oyó una voz que le llamaba por su nombre. Dirigióse en medio de la oscuridad, no sin haber antes recuperado sus armas, hacia el punto de donde le parecía que la voz había partido, y guiado siempre por el sonido de esta, que continuaba llamándole con breves intervalos, llegó junto á la horca, cuyo aterrador andamio iluminaba tíbicamente la lámpara encendida en la capilla inmediata, que al través de los vidrios de colores despedía un resplandor amortiguado, pero bastante, sin embargo, para mostrar á Hernando el espectáculo que tan cerca de sí tenía.

Con mas repugnancia que temor, levantó los ojos y vió ondular agitadas por el viento las túnicas amarillas de los ajusticiados, que pegados hombro con hombro, mostraban colgados en hilera sus cuerpos inertes; y después de cumplir el piadoso deber de un cristiano, encomendándolos á Dios y rezándoles un pater noster, volvió á girar la vista en derredor por si descubría la persona que antes le hubiese nombrado. Pero á nadie vió, ni voz ninguna volvió á oír en medio de aquella terrible soledad; y ya se disponía á ejecutar su primer pensamiento de buscar algun pescador, cuando clara y distintamente oyó encima de su cabeza un profundo y angustioso suspiro, seguido de una voz que volvió á decir como antes: Hernando! Hernando!

Tornó este entonces á levantar la cabeza, y con los ojos fijos en los ahorcados, preguntó resueltamente.

—¿Quién me llama?

—Yo; le respondió tambien resueltamente, el que parecia de mas terrible aspecto entre los cuatro.

Dudó entonces Hernando no de su valor, que no le abandonó un solo instante, pero sí de sus sentidos, y volvió á preguntar, y le volvió á responder la misma voz, pero ya añadiéndole estas otras palabras.

—Yo soy, sí, quien te llama, y quien te ha llamado antes.

—Pues bien, replicó entonces santiguándose el buen caballero: en nombre de Dios te ruego que me digas qué quieres.

—Saca la espada.

Y Hernando sacó su espada.

—Corta la cuerda que me sostiene.

Y así lo hizo, y en cuanto lo hubo hecho, el ahorcado enderezó su cuello contraído por la presión del lazo, sacudió sus miembros amoratados, abrió los ojos, desnudose su repugnante vestidura, y tendiendo la mano hacia el río, dijo á Hernando.

—Anda á la orilla.

Y empezó el mismo á andar efectivamente en la dirección que había señalado, siguiéndole Hernando, á quien cuanto oía y veía le quitaba toda intención de resistir el mandato de aquel guía inesperado.

En breve espacio llegaron á la orilla; en ella vió Hernando flotar una barca, que antes no había visto, y que á pesar del impetu de las olas cada vez mas crebadas se mecía tranquilamente como una balsa en el lago mas sereno.

—Entra, dijo á Hernando el ahorcado, señalándole la barca.

Hernando obedeció este nuevo mandato; entró después su compañero, y la barca empezó sin vacilar por sí misma á tomar la dirección de la orilla opuesta, como si una mano invisible la empujase burlando la corriente desatada. En vano las ondas se precipitaban amontonadas sobre el humilde barquichuelo, y en vano se estrellaban contra su costado los troncos de árboles seculares, los pedazos de mampostería, las reses de toda especie, que arrastraban en su turbido seno, después de haberlas robado á los campos, edificios y rediles situados en su camino impetuoso. Puesto de pié el ahorcado en la popa del esquife, con el cuello erguido, y la derecha mano tendida hacia las ondas, parecia el genio dominador de las tempestades, paseándose en triunfo sobre las ruinas del poder humano.

A los pocos minutos arribaron á la orilla opuesta, y el ahorcado, adelantándose á la proa, fué el primero á saltar en tierra y tender la mano á Hernando para que saltase. La barca volvió á quedar flotando á bordo de tierra, como antes lo estaba en el lado opuesto, y los navegantes tomaron la dirección de la Algabe. El caballero, que sin duda no deseaba tener testigo alguna de lo que intentaba hacer en la quinta, trató de despedir á su guía, juzgando terminado el servicio para que le había sido deparado tan extraordinariamente; pero aquel se negó á abandonarles con tan apuro, diciéndole que solamente le dejaría cuando hubiese cumplido el encargo que llevaba. Hernando comprendió lo inútil que le sería resistir la voluntad de su compañero, y juzgando entonces oportuno indicarle de algun modo el objeto que allí le conducía, le dijo:

—Mi empresa es peligrosa.

—Lo sé, replicó el ahorcado.—Camina y calla.

Si la noche hubiera sido menos oscura, ó si la admiración de cuanto por él pasaba se lo hubiesen consentido, habría visto Hernando, mientras sin dejar de caminar trataba aquel corto diálogo con su guía, lo que este sin duda percibió claramente; y fué un grupo de tres hombres armados, que atento y silencioso seguía paralelamente, pero á bastante distancia sus pasos, midiendo su espadora marcha, como si por distinto camino quisieran llegar simultáneamente al término que Hernando y su guía buscaban.

Bien pronto el ladrido de los mastines veladores, y el leve rumor de la arboleda agitada por el viento, dieron á entender á Hernando que ya casi tocaba con la mano las tapias de la quinta. Eran estas bastante elevadas, y defendidas en su lado exterior por un foso, interrumpido únicamente por el puente levadizo practicado frente á la puerta de la quinta: todo lo cual prestaba al edificio el aspecto mas bien de una fortaleza que de una casa de recreo. Verdad es que en los tiempos revueltos en que vivía su dueño, habíase construido efectivamente el edificio con aquel doble objeto; y así era que todo estaba dispuesto para inundar el foso exterior con las aguas del vecino Guadalquivir, si alguna vez lo exigía la defensa de la casa; y aun había practicadas en los cimientos de la tapia varias compuertas para poder en momentos de apuro inundar tambien con las aguas que rebosasen del foso, toda la planta baja del edificio, con el fin de que en todo caso pudiesen sus defensores mantener ventajosamente el combate desde el segundo cuerpo del mismo.

Esto en cuanto á la parte de fortificación: en cuanto á la de recreo, lo más notable era un jardín bordado de multitud de plantas y flores de toda especie, en cuyas ramas estaban prendidas sutiles redes de seda, téngue prisión de un verdadero enjambre de aves de vario matiz y dulce canto, mientras en las arábigas tazas de mármol y alabastro simétricamente colocadas para recibir el agua de otros tantos surtidores, se veían bullir pintadas turbas de pececillos.

La habitación ordinaria de los condes, cuando en la quinta residían, se hallaba en la fachada, que por su parte interior limitaba este pequeño paraíso, y entre los varios adornos de arabesco estilo que embellecían tan gracioso conjunto, figuraba un ajimez, práctico sobre el nivel de las tapias fronterizas, y desde cuya baranda se abarcaban con la vista, no solo todo el jardín, sino otros muchos lados del edificio, y grande espacio de la vecina campiña. Por consiguiente, los que á la quinta se dirigiesen desde la ciudad, podían fácilmente sin torcer su rumbo y acercándose á distancia conveniente no solo ver, sino hablar á las personas que asomadas al ajimez estuviesen, como lo estaba doña Leonor cuando llegaron nuestros dos aventureros.

Pero ni estos pudieron verla, ni ella, aunque podía entrever sus bultos, podía distinguirlos con claridad por lo oscuro de la noche. Tanta debía ser sin embargo el ansia de la pobre señora por comunicarse en aquel momento en cualquiera forma posible con alguna persona, que contravieniendo el espeso mandato de su celoso marido, y aprovechando su ausencia, se resolvió á encender una lámpara de las cuatro que apagadas pendían del artesonado en los ángulos de la estancia, con el fin de que á favor de su flama reflejada en el ajimez, pudiese ser vista de los que fuera de las tapias había entrevisto.

No se ocultaba á doña Leonor el riesgo que corría, si como era tan probable, las personas, cuya atención quería llamar hacía ella, eran criados de su esposo, ó este mismo quizás, que desde allí la espíasen; pero se hallaba en situación tan angustiada, que no vaciló en probar fortuna, tentando el único medio entonces posible de hallar algún socorro. La empresa no la salió vaná, ni podía tampoco ser mas oportuna para Hernando y su compañero, que no sabiendo, largo rato habla, cómo penetrar en aquel guardado recinto, y cuando se hallaban ya casi resueltos á saltar el foso y escalar las tapias, vieron lucir en el ajimez aquel verdadero faro, que en el mar de sus confusiones les sirviera de guía.

Entonces creyó Hernando llegado el momento de usar uno de los dos menesteres, que para lances de aquel género llevaban en aquella edad dispuestos los que, como él, eran á la par guerreros y trovadores: es decir, templó su land y ejecutó un breve preludio, lanzando de seguida un suspiro que á haber sido flecha se hubiera clavado en el mismo corazón de la beldad á quien se dirigía. Pero esta, mas celosa en aquella sazón como siempre de su honor, que atenta á conjurar los peligros que la amenazaban, en cuanto el preludio y el suspiro la revelaron quién era su favorecedor, volvió súbitamente á apagar la lámpara, y sacando en seguida casi todo el cuerpo fuera del ajimez, exclamó con acento alterado, no se sabe si por el temor ó por la ira.

—Alejaos, caballero, y no deis lugar á sospechas indignas de mí y de vos.

Hernando, que en tan piadoso aviso no creyó ver sino un medio de entablar el diálogo que deseaba, acercose á la tapia, cuanto los bordes del foso se lo consentían, y replicó

—He venido á salvaros, señora.

—Alejaos, vuelvo á decir, repuso esta; yo no corro peligro ninguno, sino el que vos me traéis; mirad por vuestra vida y por mi honra.

—Vuestra honra, señora, harlo defendida la tienen vuestros desdenes para conmigo: lo que yo vengo á defender es vuestra vida, que por más que lo ocultéis, está amenazada.

—Pues bien, caballero, dejádmela perder en paz con mi conciencia, y consagraid vuestro valor á empresas mas nobles. Si pensáis que voy á morir, y hacéis bien en pensarlo, volved á Sevilla, y rogad por la salvación de mi alma á nuestra señora del Amparo.

No bien batió articulado estas últimas frases la condesa, cuando del ajimez en que estaba, partió un grito agudo de dolor y de espanto, que heló las venas en la sangre del caballero. Pero su compañero, menos aturdido que él, rompió entonces el silencio que hasta allí había guardado, y le dijo:

—Apresuraos, la condesa ha sido sorprendida por su esposo y va á perecer si no la socorremos.

—Y cómo llegar hasta su estancia? replicó Hernando desesperado.

—Deberíais haberlo visto antes. Pero aun es tiempo venid.

Esto decía el aborrecido, puesto á borrajadas sobre el caballo de la tapia, y alargando el brazo á Hernando, quien sin poder darse razon de cómo aquel habla tan fácilmente trepado por cima del foso, ni menos cómo podía alcanzar con su brazo al punto que él ocupaba, se sintió levantar en el aire, como una pluma, y caer luego dentro del jardín juntamente con su compañero.

Puestos ya en este sitio, fácil era trepar al ajimez por la red de mosquetas y arrayanes que tapizaban el muro, y ya con su espada entre los dientes, su rodela en la mano izquierda y la derecha puesta en una de las ramas, se preparaba Hernando al asalto, cuando su compañera, mas ágil que él, cogiéndole la delantera, trepaba de tallo en tallo como por la mas segura y cómoda escala; de modo que cuando aquel pudo notar esta súbita evolución, ya éste, vencida la altura, apoyaba su mano derecha en la columna del ajimez; y se preparaba á penetrar de un salto dentro de la estancia.

Pero no bolgaban entre tanto los que dentro de ésta se hallaban sin duda en acecho, pues antes de que él pudiera terminar su asalto, claváronle desde dentro una daga que hundida en medio de su corazón, le precipitó en tierra, arcastrando en pos de sí á Hernando, á quien dijo en cuanto hubieron los dos caído.

—Esa daga venia lanzada contra ti: la virgen del Amparo la ha apartado de tu corazón para clavarla en el mio, donde la ves unida hasta el pomo. Tres dias hacia ya que yo gozaba junto al trono del Eterno el perdón de mis delitos, cuando llamándome la madre de Misericordia, movida de tus ruegos, me dijo: «Vuelve á la tierra para animar tu cadáver: salva á mi hijo Hernando del peligro que le amenaza, y dile que vaya á buscar peleando contra los infieles la muerte, que no he querido te coja en pecado mortal.» Lo demas todo lo sabes. Nadie sino tú me la viste; sombra impalpable para los demas, el conde cree que eres tú á quien ha atrevesado con su daga. Mañana te acompañarás en la expedicion contra los moros de Jaen. Y á Dios: en la eternidad volveremos á vernos para no separarnos ya nunca. Dijo, y desapareció como una sombra.

GABINO TEJADA.

ACRECENTAMIENTO DE LOS CRISTIANOS DESDE EL PRIMERO HASTA EL DÉCIMO NOVO SIGLO.

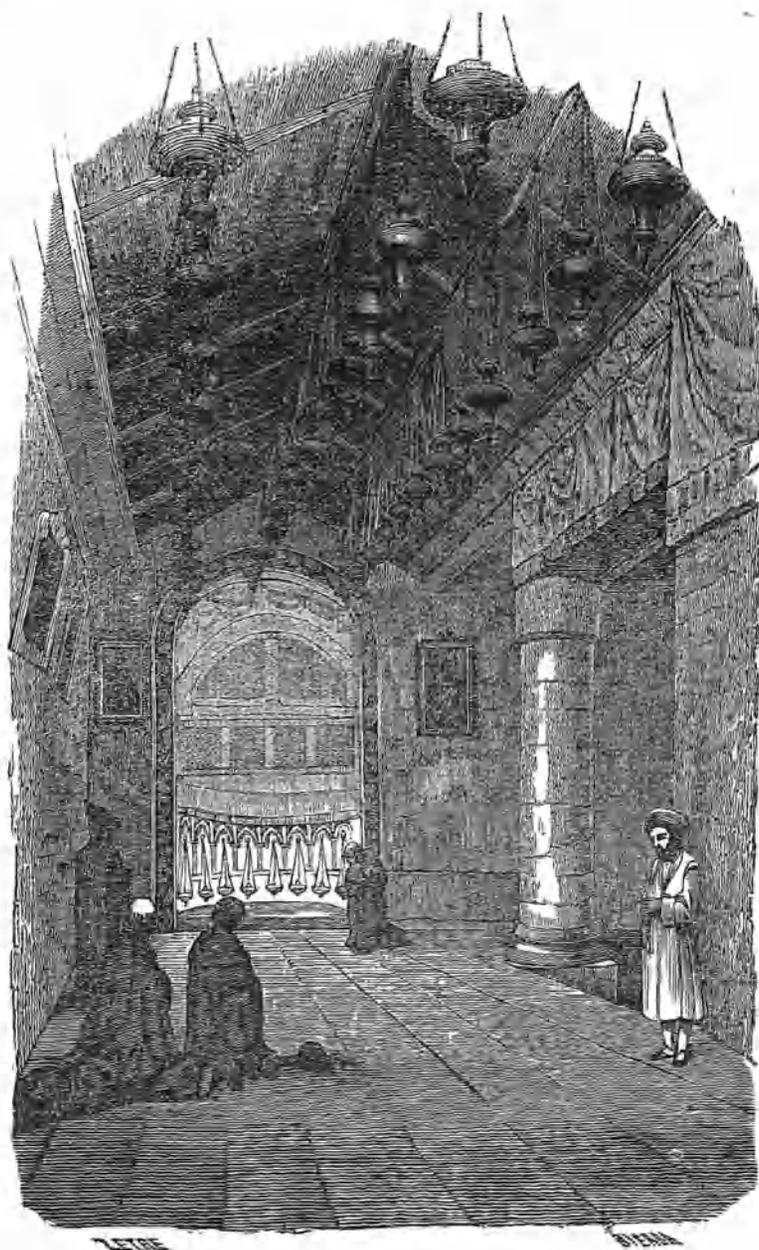
En el primer siglo se contaban solo 500,000 cristianos; en el segundo se contaban ya 2,000,007; en el tercero 5,000,000; en el cuarto 10,000,000; en el quinto 15,000,000; en el sexto 20,000,000; en el séptimo 25,000,000; en el octavo 30,000,000; en el noveno 40,000,000; en el décimo 50,000,000; en el undécimo 70,000,000; en el duodécimo 80,000,000; en el décimo tercio 75,000,000; en el décimo cuarto 80,000,000; en el décimo quinto 100,000,000; en el décimo sexto 125,000,000; en el décimo séptimo 185,000,000; en el décimo octavo 250,000,000; y finalmente en el décimo noveno se calculan en el número de 260,000,000.

Cultos de Austria.

Se encuentra en el imperio de Austria 500 musulmanes, 13,000 armenios, 3000 ounitarios, 180,000 israelitas, 1,190,000 luteranos, 2,800,000 miembros de la iglesia reformada, 3,040,000 miembros de la iglesia griega, y 29,000,000 católicos, de los cuales son 3,050,000 miembros de la iglesia griega, y 25,960,000 de la iglesia católica.

Cultos del Canton de Ginebra.

En uno de estos últimos años, por una poblacion de 38,666 almas, en el Canton de Ginebra, que se divide en 28,000 almas para Ginebra y 30,663 para el resto del canton, se contaban 33,502 protestantes, 21,696 en Ginebra y 11,866 en el resto del canton; 24,693 católicos, 6,344 en Ginebra, y 18,349 en el resto del canton; y 169 judios, 63 de los cuales existian en Ginebra, y 46 en el resto del canton.



Interior de la capilla de la Natividad en Belén.

Peso de la cabeza del hombre y de la mujer en sus diferentes edades.

La cabeza del hombre adquiere ordinariamente su dimensión completa á la edad de 7 á 8 años. Este peso no disminuye sino en una vejez muy avanzada. Al tiempo de nacer, el peso de la cabeza se aproxima mas al de todo el cuerpo que en ninguna otra época de la existencia; dicho peso es entonces $\frac{1}{6}$ del peso total del cuerpo. A los 2 años, no es ya sino el $\frac{1}{15}$. A los 3 años es el $\frac{1}{18}$. A los 15 años, es ya solo el $\frac{1}{41}$. A los 20 años, es el $\frac{1}{55}$. Desde esta edad hasta los 70 años permanece entre $\frac{1}{55}$ y $\frac{1}{45}$. La cabeza de los adultos tiene ordinariamente un peso proporcionado á la corpulencia del individuo; varia desde 3 libras, 3 onzas á 4 libras 11 onzas. Se ha observado ademas que en los hombres de genio es la cabeza mucho mas voluminosa.

La cabeza de la mujer adulta tiene generalmente de 4

á 8 onzas menos que la del adulto; siguiendo iguales variaciones en las diferentes edades.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 12.

La bandera española la enarboló soberana Cristobal Colon en el nuevo mundo.

Se están reimprimiendo por vez tercera los seis primeros números del SEMANARIO de este año, y se remitirán á los suscritores que carecen de ellos antes del día 15.

No es posible que ninguna empresa lleve la puntualidad en los envios á mas alto grado que nuestras oficinas; sin embargo, recibimos reclamaciones, no ya de números sueltos, sino hasta de colecciones y tomos; hay suscritor á quien se han remitido tres ejemplares del Album sin conseguir que reciba uno. Tenemos algunos datos para denunciar faltas de ciertas oficinas de correos, y estamos resueltos á hacerlo con toda claridad si no surte efecto este aviso.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. Un mes 2 rs. seis 20. Un AÑO 203.-Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimehan, Gaspar y Ruiz, Basola, Poeppart, Villa y la Publicidad, litografías del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 22, seis 24.-Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID: Imp. de ALBAÑURA Y COMP. calle de la Cebollera, núm. 4.